

margen N° 113 – junio de 2024

Pensar la Salud Mental en contextos de desigualdad y miseria planificada

Por Alfredo Juan Manuel Carballeda

Alfredo Juan Manuel Carballeda. Trabajador Social.

Algunas coordenadas posibles para pensar los nuevos escenarios de Intervención Social

El crecimiento exponencial de la desigualdad y sus consecuencias inevitables hoy trasciende las estadísticas y la mayoría de los datos cuantitativos se inscribe en la subjetividad colectiva e interpela a prácticas e instituciones de manera diferente y urgente.

La incertidumbre, en el terreno del día a día, se impone como una nueva forma de colapso del futuro. La promoción social ascendente -que diferenciaba a la Argentina del resto de las naciones de América- se transforma en una utopía o resabio del pasado. Todas estas transformaciones se expresan en una sociedad que comienza a sentir los golpes de un programa económico cuyos comunes denominadores son la crueldad, una especie de goce detrás del padecimiento del Otro, los discursos de odio y la eliminación de diferentes maneras de la disidencia.

Por otra parte, son evidentes los efectos de la Pandemia desde sus aspectos objetivos y medibles, como por ejemplo en relación a la distribución de la riqueza, pero también comienzan a visibilizarse en la construcción de una forma de subjetividad que generó -por lo menos discursivamente- una tensión más en nuestra sociedad, esta vez entre incluidos y excluidos, donde se responsabilizó de manera global a los primeros por los padecimientos de los segundos, exculpando de una forma astuta y falaz a quienes se enriquecieron y construyeron más formas de desigualdad y dolor.

Aún no conocemos de forma sistemática y científica las diferentes influencias de ese acontecimiento en el padecimiento subjetivo, pero se hace indiscutible la influencia de lo social en el mismo. A su vez, con diversos lenguajes se constituyó una nueva manera de digitalización de la vida cotidiana, en la que la cotidianidad se hace pública, expuesta, observada, un espacio-imagen en el que se es admirado u odiado. El desarrollo de redes sociales construyó nuevos discursos, una forma de lenguaje que pareciera le cuesta articular, relacionar, sumergirse en el territorio o meramente transitarlo. Fundamentalmente, la velocidad de la Red nos impide visibilizar el contexto, lo colectivo.

Las subjetividades arrasadas -que venían siéndolo desde antes de la Pandemia- se contextualizan ahora con un mayor nivel de complejidad, poniéndose en cuestión el traspaso de pautas culturales, la transmisión del legado simbólico y un encuentro con el Otro que cada vez parece más signado por diferentes formas de violencia.

La persecución mediática, política y judicial a dirigentes políticos y de organizaciones sociales va construyendo y ratificando una sociedad violenta en la que el discurso, la palabra, el lenguaje,

no construyen con facilidad formas de articulación y vinculación. Ese escenario se complementa con la construcción de una sociedad en la que el Estado se hace cada día más presente en forma de gendarme y ausente en su faceta de protección social.

A su vez, la alteración de la estructura de la vida cotidiana, el necesario desarrollo de estrategias de sobrevivencia que se van adecuando según cambios repentinos, complican todo sistema de comunicación y programación de diferentes aspectos: familiares, referenciales o institucionales. Así, la fragmentación social tiene más elementos para crecer y el lazo social se debilita perdiendo su posibilidad de construcción de comunidad, construyendo un escenario en el que se ponen en tensión la dignidad y la sobrevivencia.

El éxito como sinónimo de adquisición de bienes, sumado al temor a caer en la exclusión social, construyen formas de subjetividad y padecimiento que se asientan en un crecimiento de la inseguridad social y la desprotección, en contextos en los que la única salida que se propone pasa por la meritocracia. De esta manera, los integrantes de las sociedades que habitamos se dividen en “ganadores” y “perdedores”, estos últimos lo son por su “propio esfuerzo”: los “perdedores” son los responsables individualmente del lugar que ocupan en la sociedad, negando la posibilidad de pensar condicionantes económicos, políticos y sociales y, consecuentemente, de respuestas de índole colectiva. Las sociedades que construyen su razón de ser en el éxito y la obtención de bienes caen en la paradoja en la cual el cumplimiento de ese mandato se hace cada vez más difícil y frustrante si no se consume.

A partir de una “deslegitimación” del Poder Judicial, la crisis de la Ley horada las perspectivas de responsabilidad de toda una sociedad, se asemeja a algunas definiciones de “guerra”, como un espacio social en el que no hay normas ni certezas pero que también genera una fuerte disrupción en el terreno de la responsabilidad, lo que se expresa especialmente en el cuidado del todo social.

En un mundo alterado a partir de guerras que crecen en forma constante aproximando la posibilidad del uso de armas nucleares, la alteración sostenida durante décadas del equilibrio ecológico o el desarrollo de políticas extractivistas con forma de depredación, somos conducidos a diferentes escenarios de catástrofe, de orden bélico o ambiental.

Nuevas formas del Padecimiento Subjetivo: Las sociedades de la desolación, la frustración y la incertidumbre

“En la Sociedad de la decepción, mientras los mayores se visten con desenfado y no quieren envejecer, los jóvenes adultos juegan a ser niños en los parques temáticos, van en patineta y compran ositos de peluche”

Gilles Lipovetsky. La sociedad de la decepción

La fragmentación de la sociedad se vincula con el desmoronamiento de la noción de *semejante*, sumada a una disrupción en el sistema de creencias. La incertidumbre se padece, se expresa en diferentes formas de demanda que muchas veces van más allá de teorías y formatos de intervención pensadas para otros contextos históricos, culturales y sociales.

Tal vez la imposición violenta de sentido común a través de los medios de comunicación, al igual que en la Dictadura Cívico Militar, genere más aislamiento y situaciones de desolación que se instalan en la esfera de la vida cotidiana a partir de un trasfondo de “libertad” que solo puede ejercer el Mercado. Así, una falsa fuerza de autonomía se transforma en padecimiento en el que quedamos presos de nuestra propia libertad: una libertad cada vez más violenta en la que la explotación de uno mismo se presenta como eficiente y posible para sobrevivir y quedar por encima de los demás, construyendo una especie de ascenso social por “mérito propio” basado en la voluntad individual y el “autocontrol”. Sin embargo, cuando esto no se logra, las explicaciones discurren por el racismo, la xenofobia y la “corrupción”, en camino hacia una sociedad en la que el orden autoritario se impone a través de economistas que actúan como profetas y que justifican en muchos casos la violencia de la desigualdad, el hambre y la disolución del lazo social.

La precariedad del empleo, su informalidad y degradación, marcan más formas de desigualdad y competencia en escenarios en los que las aspiraciones se tornan cada vez más materiales a través de la pulsión por acceder a bienes que poseen un carácter simbólico que se va intensificando. Así es que se construyen otras formas de frustración y búsquedas de reconocimiento y afirmación de uno mismo de manera individual y a través de objetos, en un estado de insuficiencia eterna.

La frustración también se construye en América desde la inferiorización de quienes habitamos este lugar del mundo; nos marcan nuestras limitaciones y posibilidades desde argumentos de superioridad racial, civilizatoria o cultural,

A su vez, en nuestras sociedades, la lógica de mercado, de la competencia, del triunfo del más fuerte, nos obliga a “estar bien”, a acomodar gestos, rostros y corporalidades a ese mandato bajo el riesgo de no sobrevivir, ser excluidos, perder el trabajo o la inserción en diferentes grupos de referencia.

En síntesis, nos encontramos frente a escenarios complejos, con problemáticas sociales complejas que nos atraviesan e impactan en diferentes esferas, en las Instituciones, las prácticas, pero esencialmente en la construcción de nuevas formas de padecimiento.